

Automatismo psíquico y construcción de supuestos

1929 fue un año en que las cámaras de cine de todo el mundo no pararon de rodar. Se querían contar historias, eran muchas y muy diversas, todas respondían a contextos sociales, políticos y culturales altamente disímiles. En Chile, “La calle del ensueño”, film realizado por Jorge Délano -Coke-, conoce las primeras premiaciones (Mejor película de habla castellana) en la Feria Internacional de Sevilla. Ese mismo año, en las rojas tierras de la URSS, el padre del “Cine Ojo” (el Kinoki) Dzígá Vertov, impacta con una de sus grandes obras, el film experimental, El hombre de la cámara. En los EE.UU., en contraposición a la depresión económica y su clásico Martes Negro, Los hermanos Marx y su insensata comicidad, supieron adueñarse de las atribuladas sonrisas del cine anglosajón. Todo esto ocurrió en 1929.

Ese mismo año, Luis Buñuel y Salvador Dalí trabajan un guión de nombre, Un Perro Andaluz, película que nunca supo ni de perros ni de andaluces, pero sí conoció del Surrealismo en su máxima expresión.

Los surrealista, inspirados en la revista dadaísta “Littérature”, y fortalecidos con el Manifiesto de André Bretòn (1924), se lanzan a experimentar con el “automatismo psíquico”. Este automatismo buscaba desde una “escritura mecánica” liberar la voluntad del individuo, de esta forma la irracionalidad del subconciencia se transformó en la fuente de expresión de una época. El humor, el horror, el erotismo, los sueños y la locura, fueron los caballos de batalla de este imaginario vanguardista. En aquellos tiempos el psicoanálisis -en expansión- junto a las teorías revolucionarias de la post guerra del ‘14, eran los ideales estéticos de los surrealistas.

Buscaban lo maravilloso, lo insólito, los motivos incongruentes en contextos ajenos. No deseaban hacer arte, sino explorar posibilidades. Bretòn decía que ese automatismo no tenía control alguno por parte de la razón, ni de valoraciones estéticas o morales. Esta visión de mundo Bretòn también la proyectó hacia el cine: “Para nosotros los surrealistas, el cine no sólo nos presenta a seres de carne y hueso, sino a los sueños de estos seres también convertidos en carne y hueso”.

Un Perro Andaluz fue dirigido por Buñuel; quince días duró el rodaje y el film quedó reducido a dos rollos de película. El estreno se llevó a cabo en el cine Studio des Ursulines de París, y las reacciones no se hicieron esperar. Más de un cine fue quemado con esta película; imágenes metafóricas y un discurso onírico fueron la combinación perfecta de este cóctel letal. El guión se escribió en base a sueños, y se pensó en una utilería absurda. Desconcertar, violentar y criticar una época, ése era el reto. Cada plano buscó alterar la digestión de los espíritus más tranquilos. Buñuel sostuvo que el objetivo de esta película era hacer un “desesperado y apasionado llamamiento al asesinato de la cultura burguesa”.

Una navaja en un primerísimo primer plano secciona un ojo de mujer, haciendo una analogía con una nube que cruza la luna; un amante desea abrazar a su amada, pero él está amarrado... sólo desea tocarle los senos; un piano de cola cargado con burros podridos, está atado a dos virginales sacerdotes; una mano amputada es observada cenitalmente por la concurrencia en la calle... la música invita al desconcierto, y Un Perro Andaluz ya está en pantalla. George Sadoul (historiador del cine) plantea que fueron el amor y el sexo (pasión del héroe); las dificultades de la época (las cuerdas); los prejuicios religiosos (los seminaristas) y una cultura burguesa en decadencia (el piano y los burros), algunos de los temas intentados por Buñuel.

Un Perro Andaluz, ensayo fílmico desconcertante, y que en cierta medida tuvo mucho del concepto primitivo del “Cine de atracción” en Eisentein, fue también una lectura a las plumas de Freud, Lautré- mont, Marx, Sade. A esto hay que sumar los experimentos de Man Ray (el Picasso de la fotografía), de Marcel Duchamp (y sus célebres rotoreliefs y esferas rotatorias) y las clásicas reflexiones de Artaud: “Amo al cine, amo cualquier género de películas, pero todos los géneros están aún por inventar”.

Antonio Bonet (autor surrealista) planteó que es una realidad afirmar que los surrealistas convirtieron al cine en una preocupación, más que un campo realizador de sus propios sueños vanguardistas. Esa valoración la demuestra Bretòn cuando afirma, “es en el cine donde se celebra el único misterio absolutamente moderno”, a lo cual Phillipe Soupaul concluye: “El cine es un ojo sobre humano, mucho más rico que la infiel retina del ojo humano”.

Un Perro Andaluz, los surrealistas y el conjunto de sus seguidores, comprendieron que el “automatismo psíquico” tendrían que llevarlo a la práctica por el resto de sus vidas; que dinamitar la tranquila realidad, trastocarla y reinventarla era la misión de todo surrealista. Convencido de esta visión de mundo, un día Bretòn gritó a los cuatro vientos: “... y no olviden que para nosotros los surrealistas, en esta época, es la realidad la que está en juego”.

¡Surrealistas de todos los países del mundo, uníos!